



Mundo de Escritores

Literatura y arte

Entrevista con Yanna Gaab
Ernest Hemingway
El escritor de éxito
El Wendigo
Muéstralo, no lo digas
El aliento del rosal

Relojes de pared
El encaje rojo
La Bata
El mirón
Desde el encierro

Himno a una sílfide
A dónde irán
Tu mujer
Dolor enamorado
Un rayo entre el derrumbe



Editorial

Este mes me gustaría comenzar con una frase del escritor español Antonio Gala:

“No me gusta la gente que, sin moverse, se imagina glorificada en el futuro, porque lo sueña así”.

La frase fue parte de su discurso dedicado a los jóvenes de su fundación, quienes compartirán estadía en los espacios del Corpus Christi, situado en Córdoba, y esperan, ansiosos, la apertura de la XVIII promoción.

Cito esta frase para ustedes, porque este gran escritor dedicó un hermoso discurso para artistas que, durante ocho meses trabajaran sin distracciones en los espacios de aquel antiguo convento situado en Córdoba.

Su único trabajo es realizar, durante una mediana estancia, lo que más aman: ¡Escribir!

Ahora, quizás te estés preguntando qué relación tiene contigo esta frase de Antonio Gala. Te respondo: lo tiene todo.

Muchas veces queremos algo y no trabajamos lo suficiente por alcanzarlo. Queremos (en caso de los escritores) publicar, ser leídos, tener comentarios positivos, pero no luchamos por aprender y disfrutar el proceso, la evolución y el camino.

Personalmente, puedo asegurarles que el escritor se forma cada día. No hay un amanecer donde una persona que se dedique a la escritura no aprenda algo nuevo. Existen muchas técnicas, géneros, medios y lectores. Tenemos a nuestro alrededor todo para llegar a convertirnos en buenos creadores.

El verdadero propósito que deberías tener como artista no es cómo te sentiste ayer ni cómo te sentirás mañana;

tu meta radica en saber, expresar cómo te sientes hoy. Cuando empieces a ver y a sentir la buena vibra que te produce hacer lo que te gusta, sin pensar en llegar a la meta sin esforzarte, es donde te darás cuenta de esto otro que señala Antonio Gala en el mismo discurso para los jóvenes creadores: “Al andar se hace camino”.

Sigan adelante, sigan demostrándole al mundo que disfrutan lo que hacen. Olvídense de fama alguna, de millones, de vanaglorias. Empeñen su alma al sacrificio, a lo aprendido cada día y a todo lo que aún les falta por aprender.

Con este gran mensaje les presento la VII Edición de la Revista Digital Mundo de Escritores, un proyecto que, con esfuerzo —y a pesar de tantos contratiempos de la vida real— sigue y seguirá apoyando a escritores emergentes.

Espero que en sus páginas puedan encontrar el estímulo que quizás buscaban para volver a sumergirse en la literatura.

Por cierto, para aquellos que no me conocen soy Ana, llevo la dirección de la Revista Digital Mundo de Escritores, y quiero, algún día, formar parte de la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores de la que les comento al principio. Estoy trabajando fervientemente por lograrlo. No me rindo. Tampoco se rindan ustedes en sus proyectos y andar literario.

Espero puedan disfrutar de esta hermosa labor que, mes tras mes, nos deja experiencias y emociones nuevas. Gracias por leernos.

Ana Monges
Dirección general

Dirección General

Ana Monges

Selección Editorial

Ana Monges
Erick Hernandez

Colaboradores

Arima Rodriguez
Emilio Calderón
Frank Boz
María Florinda Loreto
Sheila Patricia Fernández

Consejo Directivo

Ana Monges
Emilio Calderón

**Diseño creativo
y maquetación**

Emilio Calderón
Librécula Editores

Contenido

Ana Monges

Entrevista con Yanna Gaab 6

Columnas mensuales

Detrás del Genio

Arima Rodríguez

Ernest Hemingway 10

Comunica, Emprende, Lidera

María Florinda Loreto

Ele escritor de éxito 12

Las reseñas de Boz

Frank Boz

El Wendigo 14

La Cueva de las Letras

Emilio Calderón (E Calder)

Muéstralo, no lo digas 16

Pluma y alma solidaria

Sheila Patricia Fernández

El aliento del rosal 18

Narrativa

| | |
|---------------------------------|-----------|
| Javier Eugercio | |
| <i>Relojes de pared</i> | 21 |
| Gaby Escobar | |
| <i>El encaje rojo</i> | 24 |
| Viviana Ashur | |
| <i>La Bata</i> | 26 |
| Javier León Mantilla | |
| <i>El mirón</i> | 27 |
| Raúl Alberto Carcaño Loeza | |
| <i>Desde el encierro</i> | 28 |

Poesía

| | |
|---|-----------|
| Silvio Ochoa Dávila | |
| <i>Himno a una sílfide</i> | 33 |
| Zarita Bauroj | |
| <i>A dónde irán</i> | 34 |
| Sylviane Leleu | |
| <i>Tu mujer</i> | 35 |
| Juan Carlos Luzardo | |
| <i>Dolor enamorado</i> | 36 |
| Eduardo H. González | |
| <i>Un rayo entre el derrumbe</i> | 37 |

A black and white close-up portrait of a woman with dark, curly hair. She is looking slightly to the right of the camera with a neutral expression. The lighting is soft, highlighting her facial features.

Entrevista con
Yanna Gaab

por Ana Monges

Estimada Yanna, es un verdadero honor tenerte hoy con nosotros. Tu pasión por la música y la literatura han sido dos puntos claves para contactarte y traerte a este maravilloso mundo de letras y sueños.

Cuando comenzaron con este proyecto, y leí la primera entrevista, tuve la ilusión de pertenecer a esta sección y poder colaborar con ustedes. Amo la literatura y la música, como mencionabas. Llevo trabajando largos años en crear material de calidad, para poder llevarlo a quien quiera consumir. Soy muy dedicada en ambos sectores, y creo que es debido al gran amor que *le tengo*.

Yanna, cuéntanos un poco de ti y cómo llegaste al grupo.

Bien, mi nombre es Yanna Gaab, cantante y escritora. Profesionalmente, comencé con la música, pero sabía que debía hacer algo más en lo que me destaque, y eso es la literatura. Hace un año creé un blog que se transformó en una página donde subo relatos de no más de cuatro minutos de lectura, en formato de reflexión. Armé todo un grupo de personajes que se fueron hilando a lo largo de los relatos, contando sus historias y emociones. Decidí darles más vida relatando en primera persona las características físicas, psicológicas y sociológicas que los hacen *lo que son*.



En cuanto a mi música, tengo un primer disco que lance en 2015 y que volví a subir a plataformas este año. Además, trabajo en un segundo CD, que espero salga para finales de este año, principios del *próximo*.

En literatura me encuentro trabajando en tres proyectos, dos en colaboración y uno en solitario. El último corresponde a la publicación, de manera independiente, de una colección de cuentos llamada: "No cierres los ojos", que está compuesta por diez cuentos cortos de suspenso y fantasía. Esta colección la comencé hace más de quince años, y con el tiempo he perdido algunos que debo volver a escribir. Los proyectos en conjunto pertenecen a una colección que escribo junto a seis escritoras de novelas cortas de romance erótico, y consta de veinte novelas "novelettes".

Además una de las escritoras me ha pedido que colabore en su novela de suspenso, así que estoy compartiendo ideas en ese proyecto, *también*.

Escribes desde hace aproximadamente veinte años, ¿cómo y por qué iniciaste en el mundo de la literatura?

Escribo hace justamente veintiún años. Comencé escribiendo letras de canciones a los dieciocho, luego me dediqué a los fans fics. Paralelamente comencé con la colección que mencionaba antes, justo después de terminar un guion de cine, ya que la idea la tenía desde los diecinueve y la plasmé dos años después. Lo que me llevó a escribir historias fue la necesidad de contar mis vivencias. Es una forma de contar, con emociones, lo que llevo *dentro*.

En el sitio web, que actualizas mensualmente, subes relatos de drama y romance. ¿Cómo te desenvuelves en el género?

Me siento muy cómoda en el género, soy una persona completamente dramática, es esa parte mía que le encanta sufrir. Obviamente no quiero experimentar lo que es plasmado en papel. He leído por ahí que, si sale de adentro, se cura. Es una especie de *terapia*.

¿A qué tipo de lectores te diriges principalmente?

Creo que mi literatura va dirigida a personas joviales, con pensamientos frescos y que estén atravesando o hayan atravesado alguna situación de las que cuento en los relatos,



principalmente mujeres entre los veinticinco y cuarenta años; pero estoy segura que a muchos hombres sensibles y joviales le puede atraer la lectura. Deseo entretener y emocionar, además, de enamorar con mis novelas y *cuentos*.

¿Qué técnicas utilizas para enganchar a tus lectores?

El marketing no es mi fuerte, a pesar de que tengo mucho conocimiento sobre esto. Comparto con mis colegas y contactos todo el conocimiento que he absorbido. Tengo algunas técnicas que utilicé pero un mago no revela *sus trucos*.

Todo escritor tiene uno o varios escritores preferidos, ¿podrías confesarnos cuáles son los tuyos?

No se si son favoritos, pero si son autores que he leído. Como por ejemplo Alejandro Casona; he leído muchas veces su obra de teatro "Prohibido suicidarse en primavera". Crecí leyendo



novelas de Corin Tellado, Jazmín y Blanca; ahí hay muchas escritoras y muy buenas. Si tengo que elegir a un favorito, quizás elegiría a una bien contemporánea: *Lynsay Sands*.

Me ha llamado mucho la atención que eres escritora y también cantante. ¿Cuéntanos cómo fusionas la música con la literatura?

Escribo mis propias canciones. Creo que en ese punto nace el amor por ambas cosas. También he estudiado teatro por muchos años, y uno de los profesores comentó que admiraba mucho a los compositores, ya que tenían la capacidad de contar historias en tres minutos. Coincido plenamente. Creo que allí radica la magia de mi elección de fusionar ambas cosas. A medio plazo, tengo pensado llevar los temas a historias, y alguna historia sellarla con una *canción*.

¿De qué manera manejas el marketing digital para promocionar tu trabajo en ambos rubros?

Uno de los tantos mentores que tuve me hizo reflexionar en que más allá de mi arte, yo era una sola persona, por lo cual tengo un solo perfil donde comparto mi música, mis cuentos y relatos. Actualmente estoy más abocada a la literatura, por estar en proceso de pre producción de la música; pero pronto habrán sorpresas del disco anterior. Por ejemplo, para promocionar el CD, el mes pasado escribí un microrelato que dividí en cuatro posteos para

compartirlo. El microrelato se llama Universo al igual que el título *de mi CD*.

¿Qué experiencias o aprendizaje te ha dejado el grupo de Facebook Mundo de Escritores?

El aprendizaje que se ha grabado fuego en mi, fue confiar. Confiar en mí, en lo que hago. Dar el salto cuántico a mostrarte, es importante; y Mundo de escritores me animó a salir de la burbuja en la que estaba. Y algo más que es igualmente importante, las amistades, los contactos y *colegas*.

Por último, cuéntanos tus planes en el mundo artístico, como escritora y cantante.

En los próximos meses seguiré publicando nuevos cuentos, el título de este mes es: "Canal profundo"; y habrá muchos más títulos para los siguientes meses, lanzando la colección en formato físico el próximo año. Continuar con la colección de novelas cortas que serán lanzadas luego de abril del 2021, aún sin fecha, y mi segundo CD: Reborn, enteramente en inglés, con un sonido bastante *ecléctico*.

Yanna, muchas gracias por tu atención y dedicación. Un fuerte abrazo.

Muchas gracias a ustedes por brindar este espacio, no solo a mi, sino a muchos más escritores independientes. Saber que uno tiene un espacio es impagable. Les deseo éxitos, y que la revista siga *creciendo*.





Detrás del Genio

Arima Rodríguez



Ernest Hemingway

No podría olvidar a mi amigo Ernest aunque quisiera. Hablar de Hemingway, es hablar del camino hacia la oscuridad y la autodestrucción. Marcado por la tragedia, las guerras y el alcohol es, probablemente, uno de los "autores malditos" más famosos de la historia de la literatura universal. Pude contemplar ese sendero por mí mismo después de pasar toda una vida a su lado. Su manera de manejarse en la vida, siempre al límite, siempre en el riesgo, se plasma, sin lugar a dudas, en su obra inolvidable y eterna.

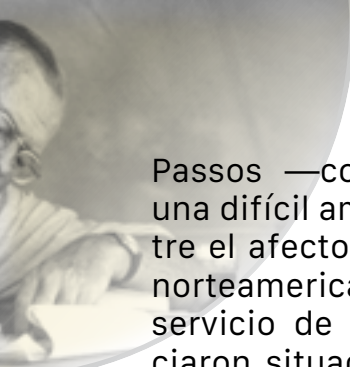
Ambos nacimos en Illinois, en 1899 y, con tan solo 19 años, respondimos a una campaña de reclutamiento y él se convirtió en conductor de ambulancias durante la primera guerra mundial. Nada más llegar a París, pudimos contemplar la terrible imagen de la ciudad devastada por la artillería alemana. A Ernest, extremadamente sensible, aquella imagen debió dejar una fuerte mella en su espíritu.

Luego nos trasladaron a Italia, al frente. "Me acuerdo que después de haber buscado los cuerpos completos, se recogieron los pedazos...". Con estas terribles palabras me describió

Hemingway su traumática experiencia como miembro de la Cruz Roja en la guerra. En el frente italiano fue herido por fuego de mortero, pero a pesar de sus heridas, consiguió rescatar a un soldado, lo que le valió la medalla de plata al valor militar del gobierno italiano. Me sentí orgulloso de él, sin embargo, algo me decía que una terrible sombra se cernió sobre su ánimo a partir de ese momento, nublandolo aún más. "Cuando vas a la guerra como un joven, tienes una gran ilusión de inmortalidad, otras personas mueren, tú no... Entonces, cuando estás gravemente herido por primera vez, pierdes esa ilusión y entiendes que puede sucederte a ti también".

Ernest quedó tan espantado de esta experiencia bélica, que escribió *Adiós a las armas*, en 1929. En esa obra plasmó con potencia, parte de su biografía. La leí, me pareció cruda y realista, el protagonista parecía tener problemas para alejarse de las armas. No podía saber en ese momento que el propio Hemingway escribía en ella su propia obsesión.

Ya en París, formó parte de la "generación perdida", un grupo de notables escritores entre los que se encontraban sus amigos John Steinbeck y John dos



Passos —con quien Ernest mantuvo una difícil amistad, a medio camino entre el afecto y el odio—. Estos autores norteamericanos pusieron su pluma al servicio de causas sociales y denunciaron situaciones injustas del tiempo aciago y terrible en el que les tocó vivir. Señalaron en sus obras, de una manera absolutamente descarnada, la política de entreguerras, plagada de abusos, y la gran depresión del 29. Mi querido amigo había puesto su arte a disposición de una causa noble.

El declive emocional de Hemingway sufrió un agudo incremento como consecuencia del suicidio de su padre, del que jamás dejó de sentirse culpable. No llegábamos a los treinta años cuando Ernest, esperanzado, envió una carta a su padre para decirle que no debía preocuparse por los problemas económicos, que él los resolvería. Sin embargo, fui testigo de cómo esa misiva llegó demasiado tarde, apenas unos minutos después de que su padre hubiera puesto fin a su vida. Mi íntimo amigo se sumió en un estado depresivo del que ya no saldría jamás.

Más tarde, se le sumaron problemas de salud y una aflicción intensa por la muerte de sus amigos, colaboradores de la generación literaria. Para él, la vida era un calvario de dolor y una continua pérdida.

En Europa conocimos a grandes personajes como Picasso o Miró, pero sería James Joyce quien le influiría y lo llevaría con él al abismo del alcohol. Ambos se sumergieron en enloquecidos excesos que tantas veces los llevaron al límite.

Cuando estuvimos en España, me sorprendió la manera en la que a Ernest

le fascinó el espectáculo sangriento del toreo. Hostigar hasta la muerte a un ser vivo saciaba esa adicción de mi amigo a vivir todo hasta los extremos. Trabajó también como corresponsal en la Guerra Civil Española. Tras esta experiencia publicó *Por quién doblan las campanas*.

Entre varias bodas y divorcios, en esa incesante espiral de locura, Hemingway ganó el Premio Nobel de literatura, en 1954. Siempre lo supe, sin duda era un genio de la narrativa, y así lo demostró con *El viejo y el mar*.

1961 fue el año de su muerte. En su destino estaba escrito, de alguna manera, que la muerte le esperaba en su propia mano: esa vida autodestructiva, su personalidad bipolar, el daño causado por años de alcoholismo... todo jugaba en su contra. "Si nuestros padres son la vara con la que nos medimos, vivir a la sombra de un padre suicida equivale a viajar por una carretera llena de baches en un camión cargado de nitroglicerina". Habíamos pasado una estupenda reunión entre familiares y amigos. Ya nos habíamos marchado todos y, en la cocina de su casa, en completa soledad, empuñó una escopeta y puso punto y final a su largo sufrimiento. Así cerraba el círculo que se había puesto en marcha el día en el que se enteró del suicidio de su padre, el día en el que los horrores de la guerra desgarraron su alma y el día en el que supo que el alcohol había destrozado su salud.

Nunca llegué a extrañarlo del todo, pues su obra, inconmensurable, perduró viva tras su muerte, y así seguirá estando, situada en un lugar privilegiado entre los grandes nombres de la literatura universal.



Comunica, Emprende, Lidera

María Florinda Loreto

El escritor de éxito

El escritor de éxito no necesariamente es el que más vende, sino de quien sus lectores dicen que son mejores personas después de leer sus libros. Ese es el verdadero escritor que deja huella: el que toca la fibra emocional y logra que sus lectores den un giro positivo a sus vidas, luego de haberse sumergido en sus historias, en sus testimonios o en las enseñanzas que ha dejado por escrito.

Para calar en el gusto de la gente, es necesario hablar su mismo idioma; y para eso, hace falta salir de la burbuja en la que muchos de nosotros vivimos.

Aunque para escribir bien necesitamos leer mucho y prepararnos, el mercado está lleno de libros bien escritos, de autores muy cultos, que no terminan de llegarle al alma de los lectores, porque les falta esencia, condimento, sabor, color, textura, sonido y sobre todo... vivencias del escritor. Esto último puede resultar polémico, porque no siempre hemos vivido en carne propia aquello sobre lo que escribimos, pero yo me cuento entre quienes piensan que siempre dejamos en el texto algo de nosotros mismos. Entonces, cuando me refiero a la necesidad de hablar el mismo idioma, se trata de expresarnos de tal manera que el lector se sienta plenamente identificado con lo que le decimos. En este sentido, por ejemplo, es muy útil aprender sobre lenguaje no verbal, para emplearlo inteligentemente y cumplir con aquello de "mostrar y no contar".

El mercado está
lleno de libros
bien escritos

De esto saben mucho los grandes maestros de hoy y de siempre; por eso, hay que aprender de ellos.

El escritor de éxito es sincero en lo que expresa, pulcro en lo que investiga, sensible en lo que describe, preciso en lo que narra y directo en lo que transmite; sabe de lo que habla, porque lo ha vivido, así haya sido en sueños. Se conoce a sí mismo y se acepta, aunque con frecuencia se sienta perdido.

Vivimos en unos tiempos tecnológicos en los que, pese a trascender las fronteras, es muy fácil caer en la falsa percepción de llegar a mucha gente. Si, hoy es necesario manejarse correctamente en las redes sociales, crear una comunidad de lectores fieles y colaborar con nuestros colegas; pero poco avanzaremos si pretendemos dejarle todo el trabajo al sistema y no desarrollamos un vínculo más cercano con el público, a través del lenguaje que usamos y aquello sobre lo que escribimos.

El escritor tiene la misión primaria de comunicar y, con aquello que comunique, es deseable, necesario y urgente, que toque la fibra emocional del lector, para que éste dé un giro positivo a su vida.

El día más importante de tu vida como escritor no será ese en el que vendas tu primer libro, ni siquiera cuando te conviertas en best-seller, sino el día en que alguien te contacte para decirte: "Soy una mejor persona después de haberte leído".

Hasta la próxima entrega, donde nos volveremos a encontrar entre consejos y letras.

El escritor de
éxito es sincero
en lo que expresa





Las reseñas de Boz

Frank Boz

El Wendigo de Algernon Blackwood

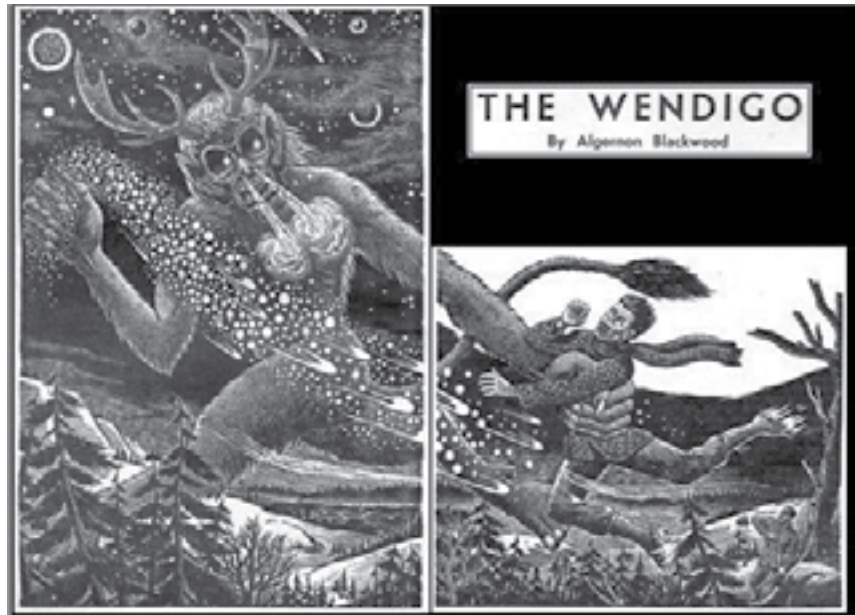
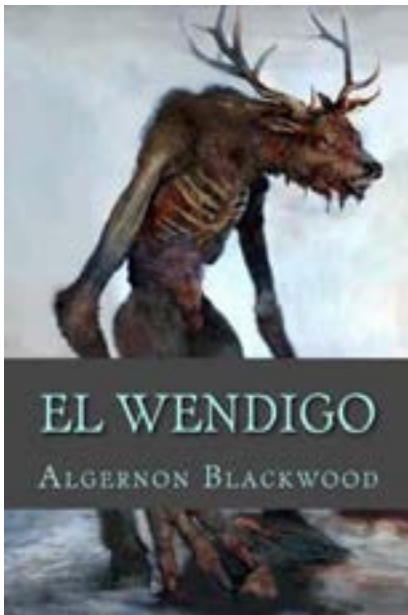
Si de entre los relatos antiguos de terror y suspenso existen grandes obras legendarias, ninguno supera a la leyenda de *El Wendigo*.

En la región más boscosa de Ontario, al norte de Canadá, un pequeño grupo de cazadores liderados por el doctor Cathcart van en busca de alces. Instalan el campamento principal a orillas del río y luego el grupo se divide en dos. El joven Simpson y su guía franco-canadiense, Joseph Défago, quien parece tener una sensibilidad sensorial superior al resto, se dirigen río abajo en canoa, en busca de los animales. La particular jornada transcurre sin sobresaltos, hasta que Défago advierte en el aire del helado bosque, la presencia de algo que no pertenece a ese sitio. En la noche, algo llama



a Défago, quien abandona el campamento dejando solo a Simpson, quien no imagina que lo que le sucede a su guía tiene un trasfondo atterradoramente mitológico.

El joven Simpson decide salir en busca de su acompañante, aventurándose en completa soledad, en una carrera contra la desesperación y la locura a través de los helados bosques canadienses. Al encontrar las huellas del guía, advierte también las de una criatura a la que no encuentra explicación alguna en su física. A medida que avanza, cae víctima de una horrenda sorpresa, y observa que las huellas de Défago ahora se parecen demasiado a las de la criatura. Decide regresar al campamento principal, donde lo



aguardan su tío, el doctor Cathcart, el señor Hank y el cocinero Punk; pero el grupo de cazadores recibirá la visita de alguien, o algo más. Algo similar a Dégago aparece ante ellos y, sin entender qué sucede, los cazadores presencian lo sobrenatural e inexplicable en esa helada región jamás hollada por el hombre.

Algernon Blackwood ha inspirado a cientos de escritores con sus historias, en particular con esta. El mismo H.P. Lovecraft, entre sus escritos, ha dejado en claro que Blackwood posee una capacidad única a la hora de elaborar relatos de terror.

El Wendigo, como otras de las obras cumbre del autor, nos propone la ominosa presencia de algo que carece de explicación. no solo en la trama, sino que Blackwood jamás da una definición o una imagen de lo que acecha a los cazadores. Eso provoca que su omisión trascienda de las meras palabras y juegue con

la propia imagen que nos hemos armado de esa aterradora criatura.

Utilizando elementos de relatos de supervivencia, al mejor estilo de Jack London, Algernon Blackwood construye una trama que avanza sobre un piso de mitología y leyendas indígenas, agravando el cuadro a través de la ignorancia de estos conceptos por parte Simpson, el protagonista. Siendo un estudiante de teología, admite una falta de imaginación y comprensión que el autor resalta en determinados momentos del cuento, en los que tiene que valerse por sí mismo, y en los que trata de encontrar una explicación a los eventos sobrenaturales que atraviesa.

El Wendigo ha inspirado a muchos escritores del género de la fantasía y del terror, dejando de ser solo un relato oral de una determinada cultura, para formar parte del bestiario de seres sobrenaturales que nos asombran y aterran cada vez que abrimos un libro. Sin embargo, Blackwood nos deja la enseñanza de que, para que las leyendas sigan siendo solo leyendas, no hay que meterse en su camino.



La Cueva de las Letras

Emilio Calderón (E Calder)

Muéstralo, no lo digas

Hace varios años, en un grupo de crítica literaria, me dijeron: "*Show, don't tell*", que puede ser traducido como "muéstralo, no lo digas". De inicio, eso me causó un poco de confusión; ¿qué no se supone que al escribir le estamos contando la historia al lector?, me pregunté. Y así es, pero existen varias maneras para expresar la misma información, y algunas de ellas pueden ser más apropiadas que otras para ciertas escenas o momentos, si es que queremos que estas impacten al lector.

Cuando entendí la diferencia entre decir y mostrar, mi manera de narrar mejoró considerablemente.

Las definiciones más simples que he encontrado mencionan que:

Decir es resumir, dar los hechos con poca o nula explicación.

Mostrar es dramatizar, dar detalles específicos de la escena utilizando los cinco sentidos.

Sé que éstas definiciones son demasiado simplistas, pero nos pueden ayudar a comprender lo básico: **mostrar** nos hace experimentar los hechos, en

lugar de solo observarlos, y esto se hace a través de verbos activos que evocan a los sentidos; **decir** nos permite transmitir información de manera clara y eficiente, aunque no tan emotiva.

La diferencia entre mostrar y decir puede observarse en lo que sigue:

Mostrar

Gerardo Treviño se caló la gorra negra y se puso los grandes lentes oscuros que ocultarían su rostro. Entró a la oficina postal, se dirigió al único empleado desocupado y, con manos temblorosas, le apuntó con la pistola.

—Entrégame el saco que va a San Juan —susurró.

—Si..., si... Claro. Se lo entrego. —Las manos y la voz del empleado temblaban—. Le doy lo que quiera, pero no me haga daño.

—Solo quiero el saco de San Juan.

Decir

Gerardo Treviño, disfrazado y a punta de pistola, asaltó la oficina postal para recuperar una carta que iba a San Juan.

Como podemos observar, en ambos casos se informa sobre lo mismo, pero de dos maneras muy diferentes. Al **mostrar** ese fragmento de escena, podemos ver más detalles acerca del personaje, de su apariencia, su actitud, y la reacción del empleado postal. Esto hace la escena más dramática que al **decir** lo que pasó, como en el segundo ejemplo. Otra cosa que podemos observar es que, usualmente, mostrar ocupa más espacio en la página que decir.

Pero..., ¿cómo saber cuándo es preferible **mostrar** y cuándo **decir**? Bueno, voy a darles cinco momentos para cada uno.

Debemos **mostrar** cuando necesitamos evocar emoción; cuando el personaje está emocional y necesitamos crear empatía (o antipatía); cuando necesitamos mostrar la química entre los personajes (a favor o en contra); cuando necesitamos remarcar que un escenario es importante; o cuando algo es clave para la trama o subtrama.

Mostrar provocará que el lector conecte con el personaje, el lugar o el objeto, y que lo recuerde, ya que tendrá una reacción emocional. Esto hará que se sienta presente en el momento en que ocurre la acción.

Se sugiere **decir** cuando hagamos una transición de una escena a otra; para evitar redundancias (volver a describir algo que ya hayamos descrito, ya sea un personaje, una locación o un objeto); cuando la emoción es demasiada y se corre el riesgo de volver la escena melodramática; cuando lo que

se escribe no es importante para el personaje; y cuando quieres soltar alguna "bomba" de información, es decir, algo muy importante que debe ser fácil de entender.

Otra cosa que debemos tomar en cuenta al momento de **mostrar** es: procurar evitar mencionar las emociones o sensaciones y en su lugar, explicarlas de manera más gráfica.

Las emociones son difíciles de mostrar, y más aun de evocar, pero con un poco de práctica lo lograremos.

Podemos **mostrar** que los personajes están enamorados al describirlos tomados de las manos, riendo, besándose, sin mencionar la palabra amor; en lugar de decir que hace frío, podemos decir que el personaje tiene los dedos entumecidos, tiritita y echa vaho con cada respiración; para describir a alguien enojado podemos escribir que cierra los puños con fuerza, aprieta la quijada y se le saltan las venas del cuello y la frente; y para decir que el individuo es apuesto, podemos describir sus brazos musculosos, la línea de la quijada, el color de sus ojos y el corte de su cabello...

En resumen, procura evitar las palabras genéricas como amor, guapo, bella, enojado, etcétera, y describe de manera más gráfica lo que los personajes sienten y perciben.

Después de mucho tiempo batallando entre **mostrar** y **decir**, hoy entiendo que no se trata de solo de usar una técnica, sino de encontrar el balance entre ambas. Recuerda, solo con la práctica sabrás cuando **mostrar** y cuando **decir**.



Pluma y alma solidaria

Sheila Patricia Fernández

El aliento del rosal

¿Cuánto vale la vida de un ser humano? ¿Cuánto su integridad...? ¿Acaso es correcta esta interrogante? ¿Algún día seremos capaces de tasar el futuro, de ponerle precio a nuestro asombroso desarrollo y etiquetar con cifras "subjetivamente elevadas" la constancia de nuestro paso por la Tierra? Voy a dejar en la palestra del lector dichas incógnitas, por el momento me gustaría convidarlos a que realicemos una sana y revitalizante reflexión.

Cuando me decidí a escribir sobre el tema que hoy será protagonista de mis líneas, pensé en mostrarles un sinfín de estadísticas escalofriantes que han inundado los continentes de este planeta; fue entonces cuando me invadió la certeza de que ninguna de ellas, le hará justicia a los hechos en cuestión. Su naturaleza desgarradora no llegará a la fibra que hace visible el dolor, la desesperación ocasionada por la pérdida jamás encabezará los titulares de los miles y miles de tabloides que

muestran a diario una realidad que nos supera, que nos abruma los sentidos hasta sentirlos marchitos.

¿Cuánta impotencia produce una muerte? ¿Qué significa su arribo? Es la extinción de la vida en el más concreto de sus significados, o un suceso visto a través de disímiles interpretaciones subordinadas a una gama, también variada, de elementos? ¿Hasta dónde puede explicar la biología su definición?

¿Pueden las religiones, por más férrea que sea la fe de sus fieles, desvanecer totalmente la atmósfera de vacuidad que trae consigo? No lo sé, amigos. Siento que no.

El hombre jamás ha estado preparado para ver perecer. La muerte puede llegar de cualquier manera, como el más natural de los episodios, cual ráfaga helada... Podemos hincarnos ante los predios de la sorpresa, o ir en busca de una pronta



resignación. ¿Quién sabe? Una vez que arrasa, es imposible predecir la dirección de nuestros pasos. No hay augurio que cristalice la magnitud del pesar que nos embarga cuando ella ejerce su labor.

Quizás lo leído anteriormente justifique el sentir de algunos de nosotros, quizás esta existencia, de la cual somos dueños, sea invaluable después de todo. Entonces, ¿qué justifica que nos quiten el derecho a seguir en ella, a sentir el oleaje de los días en nuestras venas henchidas de porvenir? ¿Qué fundamento apoya la verdad amarga que nos lacera hoy día? ¿Quién dará las explicaciones que nunca han sido dadas? ¿POR QUÉ MUEREN NUESTRAS MUJERES, NUESTRAS NIÑAS, VÍCTIMAS DE LA VIOLENCIA?

La página oficial de **Mundo de Escritores**, y la columna "Pluma y alma solidaria: simbiosis indisoluble", convocan a la campaña: **"EL ALIENTO DEL ROSAL"**, una iniciativa que tiene como objetivo principal defender y hacer eco del derecho inalienable que tienen las féminas sin distinción de edad, raza, religión o preferencia sexual, a ser protegidas.

He abordado el tópico de los feminicidios porque es, sin duda, el más abrupto y triste de los desenlaces que circundan este mal humano. Sin embargo, abogamos por todos los aspectos que dicha protección incluye. Contamos con



la colaboración de amigos de diversas nacionalidades que, alzarán su voz en favor de esta causa mediante audiovisuales. Usted, amigo, puede ayudarnos colocando un mensaje en el muro de su red social: un mensaje que

refleje su solidaridad con este emprendimiento. Para ello debe utilizar el hashtag #elalientodelrosal al hacerlo.

LAS MUJERES Y LAS NIÑAS NO PUEDEN SER VÍCTIMAS DEL GRITO, DE LA DISCRIMINACIÓN, DEL GOLPE, DE LA INJURIA, DE LA VIOLACIÓN, LAS MUJERES Y LAS NIÑAS NO SE AGREDEN, NO SE MATAN.

En esta verdad habita el rezo que enaltece a cada credo y respira el amor de todos los dioses; asimismo, en esta verdad descansa el anhelo de todas las mujeres que, vivas, queremos seguir así. También, en esa verdad, está la fortaleza de los hombres que nos cuidan con ahínco, y la palabra de las que ya no tienen voz, de las ya que se fueron.

Para conocer más detalles sobre la campaña "El aliento del rosal" puede visitar nuestra página:

<https://www.facebook.com/Revista-Mundo-de-Escritores-629895674103837/>

La mujer es sinónimo de vida, emprendimiento y dedicación.

Si lastimas a una, nos lastimas a todas, y ni el más crudo invierno puede cegar para siempre el aliento del rosal.



Narrativa



Javier Eugercio

Narrativa

Relojes de pared

Como una tortuga, la anciana asomó la cabeza y salió renqueante al balcón. Apoyada en la baranda, echó un vistazo a la calle. No pasaba nadie. No pasaba nada. Se quedó allí plantada como un arbusto leñoso con blusa y pantalón. Yo, en la ventana, echaba el humo hacia afuera para no irritar a Natalia (bastante tenía con los críos).

La anciana se dio media vuelta, alzó la vista y examinó su nívea fachada con aparente inquietud. Aunque, agotada por el esfuerzo físico o visual, no tardó en inclinar la cabeza y sus ojos se clavaron en el suelo del balcón. Era triste contemplarla.

Ensimismado, di la última calada (con idéntica avidez que la primera), apagué la colilla, cogí el cenicero del alféizar y advertí, al girarme, que la anciana había alzado su bastón para rasgar la pared con el extremo del mismo. Con un movimiento lento y costoso, se esforzaba en frotar

lo que debía ser una mancha o una diminuta telaraña. En cualquier caso, la anciana quedó satisfecha o se dio por vencida y, con una lentitud perturbadora, accedió a su gigantesco caparazón de encalada superficie.

Al día siguiente se calcó la misma escena; y al otro, también. La anciana salía, rasgaba la pared y volvía a introducirse en su concha de tortuga. Me recordaba a esos relojes de los que sale un muñeco, realiza una acción determinada, regresa a su encierro y vuelve a repetir el numerito cada equis tiempo.

Con el mecanismo del reloj en mente, cogí el cenicero del alféizar y regresé a mi realidad cotidiana

(estaba de vacaciones, pero dentro de otra rutina en cuyo eje central anidaban los críos: todo giraba en torno a ellos).

—Ya estás con el vicio— escuché.

Natalia me repetía, una o dos veces por semana, que debía plantearme dejar



el tabaco. Yo permanecía callado; sabía cómo evitar una discusión.

—¿Fregaste los cacharos del desayuno? —me preguntó.

—Sí.

—Vámonos al parque; los niños están que se suben por las paredes.

Pasamos por debajo del balcón de la anciana, el solárium de la concha de tortuga. Imaginé el interior de la vivienda: un televisor encendido y chismorreo, bazofia y falsedad en la pantalla; sobre la mesa, un pastillero de doce compartimentos y un vaso de agua.

Cuando el reloj de pared se lo ordenase, aletargada y silenciosa, la anciana saldría para rasgar la

superficie de su locura. Estaba atrapada en un tiempo teresiano: «Vivo sin vivir en mí». Aunque, lo cierto es que yo también lo estaba. No era dueño de mi vida, y Natalia menos aún. Los gemelos sí, pero solo en parte, también acabarían encerrados en relojes de pared. Tiempo al cochino tiempo, que vuela y exaspera cual mosquito zumbón.

—¡No cruces sin mirar! —chilló Natalia—. ¡Alberto, cuántas veces tengo que decirte que mires antes de cruzar!

Ya no soportaba aquellos juegos de palabras. Prendí un cigarrillo.

—¡Venga, los dos ahora mismo delante de mí! ¡Mario, ven que te suene los mocos!

Pensé que este viaje sería diferente. Seis años después (los mismos que tenían los gemelos), nos habíamos alejado de la costa

levantina, pero, en el interior, al resguardo de las graníticas montañas, me sentía más encerrado que nunca en la continua repetición.

Todo el mundo tiene un límite, ¿a cuánta distancia me encontraba yo del mío? Creí que siete horas al volante me alejarían de mis problemas existenciales; pero no: el abismo era más negro desde esta nueva perspectiva. Mis sueños:



fallecidos; los gemelos: conflicto irresoluble de sentimientos contrapuestos; el amor conyugal: niebla disipada en los albores del mutuo desencanto.

Arrojé una bocanada de humo y pensé una vez más en la anciana. Visualicé cómo rasgaba la pared. Ella y sus rasgaduras eran lo mismo que yo y mis cigarrillos. El mismo polvo de estrellas atrapado en el tiempo. El mismo furtivo deseo de abandonar para siempre la concha de tortuga.

John Kennedy Toole, hundido en la miseria del fracaso literario, dejó una nota a su madre y se quitó la vida. Yo carezco de esa clase de agallas, por eso tuve que renunciar a mi sueño de ser escritor. Intuía una lucha sin cuartel, una existencia inestable y solitaria, un pulso contra el rechazo y la locura que podía acabar bien o de la peor de las maneras.

Ahora me arrepiento; justifiqué mi miedo al fracaso con los hijos, la hipoteca, la imperante necesidad de ingresar todos los meses un sueldo decoroso. Qué fácil lo tenemos los cobardes, la sociedad de consumo nos agarra por las pelotas y nos obliga a resignarnos, pero lo cierto es que nuestras cargas son autoimpuestas, el precio que pagamos por esa comodidad y supuesto bienestar que casi siempre entraña una renuncia y una herida purulenta.

Natalia se me acercó y me cogió de la mano. Nuestros dedos entrelazados denotaban complicidad; eran una comparsa sigilosa que certificaba nuestra unión ante los ojos del mundo.



—Qué a gusto estamos —me dijo—. ¿A que sí?

Traté de corresponderla, pero incapaz de contagiarme de su aparente entusiasmo sonreí con melancólico histrionismo.

—Sí —afirmé para reforzar mi patética actuación.

Ella se dio por satisfecha y se centró en vigilar a los niños, cuyos impulsos innatos les exhortaban a rebelarse. No lo pude evitar, volví a sentirme gobernado por una fuerza subyugadora; sentí que mis pies no eran míos, que mis pasos los daba otro, que mis impulsos por rebelarme eran ecos extinguidos que ahora palpitaban en el pecho de mis hijos.

Natalia ejercía de pastora, yo de mastín y los gemelos de reses, pero lo cierto es que todos cumplíamos la misma función, éramos mecanismos encajados en relojes acuciantes, autómatas programados para acoplarse a los distintos sistemas en los que tarde o temprano, sucumbíamos.

En el instante en que enterramos nuestros sueños nos convertimos en muertos vivientes, figuras animadas de relojes de pared que rasgan fachadas o fuman cigarrillos.

Gaby Escobar

Narrativa



El encaje rojo

Cuando el viento se esfuma, los grillos áfonos se resguardan y los roedores en celo, se aparean, discretos.

La rotación de luna negó a la noche un poco de claridad. Los perros gruñen y un movimiento apenas perceptible mueve la cortina. El vecindario aparenta dormir, excepto el insomnio que mantiene vigilante al vecino del 69, a quien turba el pensamiento la inquietud de los perros, que responden a los estímulos más sensibles del ambiente. Hay nuevos inquilinos —está enterado—, y han reportado robos.

Estacionado en la acera, frente a su ventana, hay un coche negro, con vidrios tan oscuros como el color de las pretensiones de sus ocupantes. Los perros continúan ladrando, olfatean, algo perciben.

A deshoras, se asoma un ojo entre las cortinas, dilata la pupila, la oscuridad guarda celosamente las escenas y los ladridos resuenan en eco de un extremo a otro de la calle.

El ojo observa por la ventana, los martes, sus días preferidos. Ha sido testigo de la hora en que vuelve a casa la esposa del ingeniero —cuando éste sale de viaje—, y baja de un auto de cualquier color, con los zapatos en la mano, desmaquillada, entra sigilosa para no despertar a los niños.

Apostado en la ventanilla que colinda con el dormitorio de la vivienda contigua, cae rendido ante el siniestro que representa desatar la violencia perturbadora, que antecede la imaginaria posesión.

Los encajes en tonos rojos son sus preferidos, conoce su desnudez y el sacrificio del pensamiento que precede al acto libidinoso, desvaría: él dominante





y sacrificador; ella, semidiosa, víctima sumisa; ambos, consumiendo su "autodestrucción". Ve los bailes eróticos frente al espejo, y cómo se despoja lentamente la ropa, creyéndose sola.

Al regresar de sus desvaríos, percibe el leve movimiento en el vehículo estacionado frente a la ventana, Los ladridos son impetuosos, el coche se balancea, se percibe la tracción, adelante-atrás de los neumáticos.

Con la calma, reposan los roedores, los canes se tranquilizan, los neumáticos se relajan y emerge del coche la vecina, despeinada y descalza, sigilosa busca las llaves en el bolso; el auto se aleja.

Antes de jalar el picaporte, la puerta de la casa se abre, el ingeniero, ha llegado anticipado de su viaje. Hay gritos, empujones, maldiciones y golpes —los niños siguen dormidos—, las figuras forcejean, salen de la casa y una de ellas parece arrojarse a media calle. No hay quien la auxilie. Irrumpen la neblina dos disparos que anidan en un cuerpo. Alguien se aleja. Hilos brillantes se desenredan y avanzan calle abajo. Los perros nuevamente se inquietan, presienten que algo sucede, aúllan su miedo. Los moradores fingen dormir.

Después del desvelo, el voyeur descansa su afición, la nutrirá en las siguientes 12 horas de luz o esperará las 12 horas de bondadosa oscuridad.

Viviana Ashur

Narrativa



La Bata



No distinguió nada. Ni su propia mueca, esa de dolor. Únicamente vio una bata blanca desenrollarse sobre su cuerpo. Alguien se la ponía, atravesando las ojeras hinchadas, descarriadas de su cara angulosa, como si fueran prestadas.

La voz le hablaba en tinieblas, lo acicalaba y le alcanzaba un peine, para que se alisara un poco la angustia.

Él levantó los brazos y se acarició la cabeza para arrojarse un poco de dignidad en el espejo, logrando un mimo penoso que no llegó ni siquiera a consuelo. Al hacerlo, observó los vendajes en sus muñecas: pastosos, anchos, salvadores. Y recordó el momento: ese en el que ella partió y supo que nadie muere de amor, pero que sí se enloquece, como para no querer vivir más.



Javier León Mantilla

Narrativa

El mirón

Cuando las cortinas fueron separadas, el fantasmagórico ajeteo de sombras en guerra fue reemplazado por dos figurillas de rosas y blancos que se asemejaban a dos aves en plena lucha por un gusano, se embestían con sinuosos movimientos que aunque colmados de furia daban una impresión de elegancia, de coreografía de tango. La música algo escandalosa buscaba quizá evitar que los jadeos de estos dos extraños irrumpieran en la tranquilidad de sus vecinos, quizá le tenían para llevar una cadencia, un director.

Sus bocas se entreabrían en envites zigzagueantes, sus brazos se agolpaban dominantes queriendo conquistar territorios nuevos, sus sudorosas pieles se enrojecían, sus cuerpos cual sierpes en celo se retorcían y danzaban entrecortados perdiendo su dirección.

Una alfombra mullida en gruesos hilos se convirtió en el lecho más mundano, más pagano, para estos dos que demostraban sin vergüenza alguna su pasión, pues se estremecían en posiciones animales, con golpes, con

rasguños, con insultos tartamudos, con gemidos estridentes y humedades que rápidamente hasta mí llegaron.

Quería lanzarme hacia ellos, quería abandonar mi lugar de mirón y hacer parte de su afanoso baile, revolcarme en su gozosa inmundicia, dejarme llevar por los deseos más profanos, cumplir sus fantasías no soñadas, apagar mis ganas. Pero antes que mis titubeos acabaran, un estertor de gritos aplacó la música, los vecinos chismosos ya enterados, la vida de esos dos, que temblorosos, jadeantes y sin dejar de abrazarse se me acercaron, me tomaron en sus manos, hicieron un corazón con sus

iniciales en mi vidrio empañado, me cerraron, pasaron mi pestillo, discurrieron las cortinas y se alejaron.



Raúl Alberto Carcaño Loeza

Narrativa



Desde el encierro

Han pasado ya más de setenta días de encierro sin que algo cambie. La pandemia avanza sin control y, como todos, continúo atrapada en este ambiente de incertidumbre que me ha quitado la independencia; en este tiempo atípico saturado de crónicas con relentes de desesperanza y de jornadas idénticas que se acumulan sin cesar. Han sido días de horas lentas, todo se ha puesto en pausa y mi vida se ha quedado mirando esta rara soledad doméstica donde se hospedan sombras y treguas existenciales envueltas en sopores de hastío donde se han metido también desconciertos, dilemas y pensamientos inverosímiles... donde ya no hay nada que no sea lo mismo. A mis treinta años nunca había vivido algo así.

En este aislamiento desparramado encuentro remembranzas de realidades metódicas hoy inservibles y de ayer recientes hablándome de tantas cosas: de mis mañanas planchando las blusas azules de la oficina y buscando los tacones y el paraguas por si acaso llovía; de autobuses llenos y taxistas

platicadores; de pregones callejeros; de estudiantes apurados y manifestantes sin oficio; de aquellos piropos soeces de trabajadores de la calle que me hacían mostrar fingido enojo. Me hablan también de las tardes que no auguraban tristezas y podía derrocharlas en caminatas sin rumbo, en la banca de un parque leyendo un libro o viendo revolotear a los niños, o simplemente pensando en cualquier cosa. Y de aquellas noches de fiesta siempre llenas de baile, de metáforas, de parejas apaciguando fiebres con besos lunares o con emociones y deseos que perdían la cordura... Ayeres serenos, suaves, que envolvían con sus incidentes y vivencias, y hoy se ven lejanos. ¡Cuánta vida, en verdad, recorría los anversos y reversos de esta ciudad, entonces fuerte, siempre despierta, que guardaba sus historias, y las de todos, en los rincones de sus ecos, en los latidos de su devenir cotidiano! Mas hoy no hay historias que guardar, es una capital estática, enferma, postrada en una fatalidad que sofoca y amedrenta. Es urbe de voces apagadas, ajetreos rotos,



calles solitarias, lugares abandonados, sol frío y luna escondida tras nubes que a ratos se oscurecen y desde donde parece espiar, sigilosa, la muerte.

En esta nueva jornada de pesadilla estoy mirando por mi ventana, afuera todo está igual y prevalece algo parecido a un toque de queda, solo veo gendarmes y patrullas en las calles, solo escucho sirenas de ambulancias transportando gente contagiada a los hospitales. El pesimismo comienza otra vez a reproducirse en mi interior. Cierro la ventana. Me miro en el espejo de la sala, mis ojos castaños han perdido fulgor, veo mi cabello cobrizo sin forma y en total desarreglo, mi rostro sin maquillaje se nota tenso, cansado y algunas

ojeras han aparecido. Los pendientes de la oficina me han obligado últimamente a desvelarme. El home office está resultando mucho peor que trabajar en jornada normal. Debí encender el celular desde las siete, pero no lo hice, estoy harta de recibir llamadas y encargos de la oficina y pasarme el tiempo ante el ordenador.

Entiendo esta necesidad inaplazable de estar distanciada de todo y de todos, pero me ha resultado muy difícil dejar de lado, así tan de repente, rutinas, costumbres, caprichos que han gobernado mi vida y que al esfumarse la han convertido en un soliloquio vano que por momentos desconoce mi propia voz y a veces ni yo me reconozco en esto de

barrer a solas el hastío de mí misma y de mirar lo que no me mira en este entorno donde hay todo y a la vez nada; donde la vida se hecho a un lado y me mantiene quieta, silenciosa, como en un desierto al caer la noche. Mi aventura de vivir se ha vuelto más bien un sobrevivir solitario, gris, que me ha matado la propensión a soñar, a creer, a desear. Mi entorno se ha reducido a la presencia de Max, un gato amoroso de ojos claros, y a este departamento de segundo piso con paredes color arena y luces indirectas por el que divago buscando voces, algo que ahogue al aburrimiento, pero solo encuentro silencios largos y mi nombre, Carla, tendido en el suelo.

El estrés generado por esta nueva realidad que me hipnotiza el alma me ha producido también ansiedad, sangrados fuera de período y trastornos del sueño que con frecuencia me hacen despertar cansada. Al menos si Daniel, mi exesposo, estuviera aquí reclamándome que

no me guste tener sexo con frecuencia, que la comida está insípida o que otra vez he olvidado planchar su ropa, el ambiente sería distinto. Hoy, me conformaría con solo tener la certeza de saber que alguien, algún día, volverá a caminar conmigo por el tiempo... Me bastaría también con que la pandemia se comadezca y deje de barajar con tanta perversidad las rutas de los días. Pero nada de eso es así y termino precipitándome de nuevo al escenario lleno de enigmas de este entorno vital en pausa.

Recuerdo que todo esto de quedarse en casa inició como un cambio de rutina hasta cierto punto atrayente: iba a recibir mi sueldo sin tener que ir a la dependencia, ya no tendría que madrugar para planchar las blusas azules y las prisas que casi siempre me obligaban a salir sin desayunar se acabarían. Estas y otras circunstancias, en un principio también agradables, con el paso del tiempo fueron mutando hasta

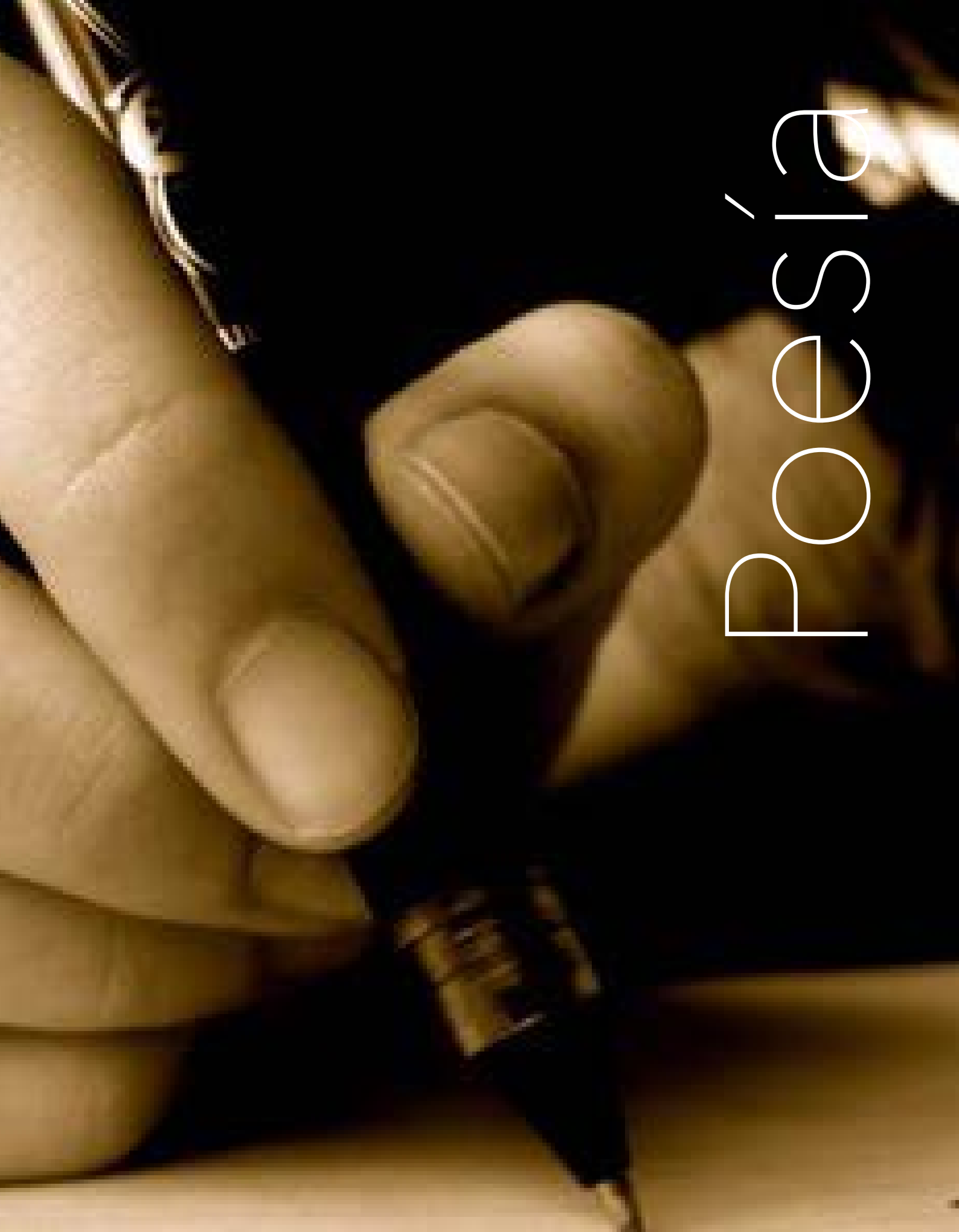




convertirse en este monstruo de hastío y cansancio físico y mental que hoy me hace ver a los objetos a punto del habla y me obliga a tomar pastillas para para dormir, para relajarme... Ya ningún pedazo de realidad me alienta. He vuelto a fumar y a enviciarme con el café. Veo a Max dormir al pie de mi cama envuelto en su sueño manso y profundo, mientras yo miro mis horas pasar, miserables y vacías, con su lentitud de caravanas. En este día 79, me he sentido particularmente exhausta, arrinconada entre el desaliento total y el vacío; como autómatas, como si mi mente ya no estuviera conectada por completo con la realidad y se internara en zonas

neblinosas de mi interior, casi líquidas, donde nada es tridimensional y todo deriva en lo inmóvil, en un pensar superfluo, suspendido, que el viento deshace y borra su temporalidad. También, desde hace varios días me da por llorar con cierta frecuencia, igual que en esos tiempos que siguieron a la muerte de mis padres en aquel accidente. No sé si esas lágrimas son la síntesis de este aislamiento obligado generador de pesimismo y ansiedades, o más bien son resultado de ese continuo enfrentamiento conmigo misma y con mis monstruos del pasado, que el encierro está favoreciendo. En cualquier caso, la desventura es la misma.

Por lo menos, anoche fui feliz, soñé que por fin pude romper las reglas y el fastidio de esta reclusión y hacía el trabajo de la oficina cuando me daba la gana y salía a la calle con libertad. En ese sueño hice cosas para mí nuevas: dormía desnuda, andaba así por el departamento y bailaba contenta para Max. También me vi bebiendo cerveza con el guapo de André, el portero del edificio, y haciendo juegos muy atrevidos con él. Fue un sueño que me hizo sentir tan viva que al despertar tuve deseos de hacer todo lo soñado. No recuerdo donde leí que los débiles escapan de sus realidades a través de los sueños, quizá sea verdad, pero también es cierto que la soledad es la madre de todas las tentaciones y cuando aparecen son más fuertes que el espíritu y la voluntad. Y a mí, después de tantos y tantos días en estas circunstancias, ya me están asediando...

A close-up photograph of a hand holding a fountain pen. The hand is positioned on the left side of the frame, with the index finger and thumb gripping the pen. The pen is a classic fountain pen with a silver-colored nib and a dark barrel. The background is dark and out of focus, with some light reflecting off the pen's barrel. On the right side of the image, the word "POESÍA" is written vertically in a white, outline-style font. The letters are spaced out and aligned to the right edge of the image.

POESÍA



Silvio Ochoa Dávila

Poesía

Himno a una sílfide

En vuestra fuente bermeja,
mi himno germina.
Y a son de besos, resonante, te canta:

¡Blasón a ti mujer, blasón y alegoría!
No cures de mi alma con esta afilada descarga.

Sílfide, cráter de inspiración, consagrada naturaleza;
a Picasso es dentera, plasmarte en mi trova.
Sílfide, colmena, donde se bañan mis palabras,
a toda hostia, desciende y dadme luciérnagas los días.

¡Blasón a ti mujer, blasón y alegoría;
no cures de mis letras si estas sangran,
pues luego de sudado encuentran la gloria.

Hecha estás de amor, muda deidad,
y flores y romance y beldad y beldad y beldad...
Con un vaso de tus labios coronarme logro como apolo
y si alcanzo, al menos, un rubor dígote: te amo.

¡Blasón a ti mujer, blasón y alegoría!
No cures de mi alma si en tus garatusas muero en vida.

Zarita Bauroj

Poesía



A dónde irán

A dónde irán a parar aquellos sueños
arremolinados en surcos de alegría,
puede que se atrincheren agazapados
en busca de un resoplo de valentía.

A dónde irán a parar los besos
que no pasaron de ilusiones de la mente,
seguramente se hallan escondidos
sin ser exiliados del presente.

A dónde irá tanta sangre derramada
en absurdas guerras perdidas,
puede que florezca ante la nada
entre crepúsculos suicidas.

A dónde irán los versos
que no salieron del poeta y de su pluma,
seguramente dibujan en el cielo
las dulces caricias de la luna.

A dónde irán tantas historias
que tras el viento se perdieron,
habitan en cada espacio palpitante
de las efemérides de todo guerrero.



Sylviane Leleu

Poesía

Tu mujer

Bella cómo la rosa blanca
bañada con gotas de
rocío.
Bella cómo un sueño
hecho melodía
sonrisa y sensualidad.
Tu alma ese día se
quebró, con la
lluvia del invierno azul.
Tu inocencia
robada
por ese ser enmascarado
de falsa apariencia.
Tus ojos secos quedaron,
ya no habían
lágrimas, ni
sonrisa tu rostro
expresaba.

Historia de un ayer
que apuñaló tus
entrañas,
hoy se transformó en sonidos
dispersos en los corazones.
Hoy cantas a la vida,
hoy tu voz bella cómo
brisa de primavera
el mundo recorre.
Corona de aplausos
guardas en tu valija
y la rosa púrpura
adorna tu cabeza.
Hoy... tu mujer.

Juan Carlos Luzardo

Poesía



Dolor enamorado

Pupilas manchadas de tristezas,
confesando delirios
en los patios traseros.
Pestañas con alas de nostalgia,
sujetando una sonrisa disimulada
con pasos firmes,
con silencios lluviosos.
Suplicando al tiempo
enterrar los recuerdos,
en cajas de olvidos,
en hojas de viento.

Que no se descosa el alma
y se derramen las puñaladas.
Y las promesas agrietadas
y el amor con sonrisas,
anclado a una mariposa.

Que no se oscurezca la noche
solo al salir las estrellas,
solo al fallecer los relojes.

¡Oh, mujer sin futuro!
Que vas pisando las rosas
de las esquinas muertas.

Del dolor sin colores,
de las gargantas adormecidas
en mitad de una farola.

Las sombras se desnudan en tus besos
y corre el deseo a seducir tu misterio.



Eduardo H. González

Poesía

Un rayo entre el derrumbe

Si el poeta pudiera...
evitar el derrumbe.

Y supo el poeta que los sueños se descomponen
y la hogaza se arruina y el tiempo se quiebra.
La distancia se convirtió en el remedio y la soledad
en posible consuelo; también en silencio.

Imploró el poeta, con versos indulgentes
y largas estrofas; mas el canto y la memoria le hirieron.
La ciencia se lo reveló y la filosofía fue claridad:
nada es el hombre sin la sustancia conciliatoria,
sin la luz del verso, sin la ingente posibilidad
del afecto. El poema es luz naciendo del silencio.

El poeta sobrevive... merodea en la eufonía;
trasciende en su candidez;
en la infancia que se niega al abandono
y mira impetuosa y deslumbra.
El poeta es un fecundo rayo que robustece
la elegía y sueña; es la hoguera que no cesa.

La muerte es tangible y lúcida.

El poeta escribe el verso; ilumina la metáfora;
es crisol e invocación; intenta evadir la ruina.
La oscuridad descende y enciende el poema. Hiere.
El poeta lo intenta... mas navega entre el derrumbe...



Página Web

<https://mundodeescritores2000.wordpress.com/>

Otras redes:

Facebook: Revista Mundo de Escritores

Instagram: @Mundodeescritores

Twitter: @MundodeEscrito1

Correos electrónicos:

mundodeescritores2019@gmail.com

seleccion.mundodeescritores@gmail.com

*Mundo de
Escritores*

Literatura y arte